

EL CIEGO

Don Aureliano Quezada

DON AURELIANO "EL CIEGO" QUEZADA

I

Año de mil novecientos
en los quince bien entrados
peleaba también yo
en las filas de don Pancho.

Escuchen dignos señores
mi muy pobre y triste historia.
Quizás a ustedes les canse
por ser un poco engorrosa.

Una enfermedad maligna
por esos años me dio.
De a tiro me dejó ciego
aunque me atendió el doctor.

Esta historia mal rimada
a mí me la dedico yo
porque aunque General no fui
le entré a la Revolución.

No es justo buenos señores
que yo esté aquí muy tirado
sin ayuda ni pensión
del Gobierno Soberano.

Tuve que dejar mi tierra
con pesares y tristeza
para venirme hacia El Norte
a causa de mi pobreza.

Ahora me ven ustedes
ganando una vil miseria
con mi lazarillo y el chango
a causa de mi ceguera.

Tratando de ganarme el pan
con este acordeón viejo
y la música en el alma

muchos años así llevo.

Unos me ven con amor
otros me ven con desprecio.
Unos dan por amor a Dios
y otros me ven con descrédito.

Pero me gano la vida,
señores, con mi talento.
No ando viviendo de gorra
como algunos pendencieros.

No pido limosna gratis
mas pudiera por ser ciego.
Aún tengo alguna vergüenza,
por eso le entro parejo.

Quiero decirles a todos
que mi maldita pobreza
no la cura ni el turismo
en esta negra Frontera.

Ya con ésta me despido
y perdonen mi dureza.
Ya no hay ninguna justicia
ni en el Sur ni en la Frontera.

Vuela vuela zopilote
cántales mi gran tristeza
a los del Sumo Gobierno
que ni el corazón se tientan.

II

Don Aureliano Quezada
guardaba su esquina
acostumbrada.

Durante el invierno
por la tarde
contra la pared roñosa
que daba al oeste
se respaldaba.
Se apoyaba
contra la del este
por la mañana.

En el verano
el orden cambiaba.

Sentado sobre su cojín corroído
en los momentos de náusea
se pasaba las largas horas
mirando hacia la nada.

Centenares de transeúntes
clavaban la fija mirada
ojos claros y azules
sobre su postura hierática.

De redonda cara
y de tez muy lisa
semejaba una luna
de aceite empantanada.

Bigote de Cantinflas.
De edad indeterminada.
Melena lacia y negra
salpicada ya de escarcha.

Las manos sarmentosas
venas cual camellones
sobre los que tropezaban
los ojos de los mirones.

Los dedos retorcidos
terminaban en largas uñas
que dibujando pretendían
cuernos de media luna.

Al moverse, al viento
le hacían cosquillas
estremeciéndose
como una chiquilla.

Los huaraches
enjaulaban
a unos verduzcos lagartos
tendidos al calor del sol
a lo largo del asfalto.

La figura estatuésca
de don Aureliano Quezada
estaba grotescamente cubierta
de una levita grisácea.

Sentado sobre su cojín
don Aureliano Quezada
se pasaba largas horas
mirando hacia la nada.

A su lado
y prendido de una fina cuerda
se hallaba "Pancho"
el nervioso
y pequeño chango.

Con delantal verde
y cachuchita roja
recogía ágilmente
la miserable limosna.

III

Sentado sobre un lanudo cogí
y mirando hacia la nada
acariciaba su acordeón
don Aureliano Quezada.

A los huesos de los hombros
las correas aseguradas
sus dedos artríticos
sobre el estriado teclado
cariñosamente se posaban.

Separando los brazos
el fuelle se hinchaba
y al recogerlos
de las lengüetas metálicas
se desgranaban acordes
en haces
de una sonora cascada.

En el trasunto
de una lisa melodía
la mano izquierda
a la derecha
contrapunto hacía.

Un corrido, una norteña
una copla, una décima
desfilaban
por la joven garganta
de un lazarillo
que con su atiplado canto
le acompañaba.

La audiencia
esperando
que aparecieran sus nombres
o del pueblo las hazañas
en círculo
le escuchaba alelada.

IV

Era una mañana helada.

Don Aureliano Quezada
estaba acurrucado
y envuelto
en su desgarrada levita.

Duro y adusto
como busto
sacado del Museo
de Antropología.

No había
movimiento en la calle.

Su lazarillo
lo paseaba
con sus ojos velados
sobre las vetustas paredes
carcomidas
por la intemperie
de
esqueléticas ráfagas de hielo
años enjutos de famina
y sobras hediondas
de excrementos.

Las paredes de los curios
semejaban postillas
de vagabundos perros sarnientos
y de encías disecadas
en granulosas postemillas
de extraviados
y cebados
turistas.

Fijó el lazarillo
en el amo
sus ojos fríos.
Notó dos huevos de pájaro

metidos en dos huecos
de alabastro
de cerámica
o palofierro.

Sin respirar
se acercó silenciosamente.

Dos gigantescas canicas
de incoloro cristal azogado
cubiertas de cataratas
cual escamas
de antediluviano pescado.

Apuntaban
hacia el oriente
recogiendo
los templados dardos
disparados
por el belicoso astro.

Las cuatro córneas
se cruzaron
bajo la varita mágica
de un misterio
imanado.

Detrás de las petrificadas
córneas
nubladas
el lazarillo vio
la oscuridad inmensa
de la enlutada
nada.

Oyó los recónditos latidos
que produce el corazón
cuando navega

por las sangrientas montañas
ardiendo en guerra
y los pestilentes valles
cubiertos de cadáveres

por las ocultas alcantarillas
de inmundo desagüe
y los clubes nocturnos
de hedionda prostitución
y brebaje

por los establecimientos
de olor
a cueros muertos
y moneda de canje

por las salas de las cortes
en donde se trueca
la justicia
en sabotaje

por las garitas
de sabor
a droga
y a chantaje.

Se desvaneció
el entrecruzamiento
de las cuatro córneas.

Volvió en sí
y se le escapó
un suspiro encorajinado
y un verduoso gargajo.

Exclamó
"Esto es
un puritito ultraje."

V

Era un domingo
temprano
de mañana.

El sol guiñaba
su amarillo ojo
por entre unas cortinas
grisáceas
preñadas de agua.

Dos bicicletas
estaban
contra dos postes de luz
encadenadas.

—¿Usted poder tocar
la guitarra americana?

—No, yo sólo toco
mi acordeón mexicano
a la Virgen Guadalupana.

Dos lengüetas pálidas
colgadas del cuello
se mecían
con el traqueteo
de dos esbeltos cuerpos
que lentamente
se acercaban.

—¿Usted no saber
del Dios Blanco
americano nada?

—Yo sólo sé tocar
algunas alabanzas
a mi Prieta Guadalupana.

Con su añoso acordeón
don Aureliano Quezada

a la Señora del Tepeyac
tocaba una vieja tonada.

—¿Usted querer saber
algo más inteligente?

—Lo que yo sé
de mi Prieta Mexicana
señores
me es ya más que suficiente.

Sus ojos hieráticos
estaban clavados
en los fríos frisos
triangulares
del altar mayor
de las viejas
catedrales.

—¿Usted querer saber
algo más grande?

—Señores, no tapen el sol,
que la carne de burro
no es transparente
y se me enfría la sangre.
Además, ¿por qué no se van
con su música a otra parte?.

Cuando era joven
se acordaba siempre
antes de entrar en batalla
de que en su humilde pueblo
se quedaba muy sola
una delicada muchacha.

—¡Usted no querer saber
absolutamente
nada de nada!

—¡Si no me dejan en paz
extraños señores
los tendré que enviar
a la muy retznada!.

Se llamaba Lupe Almagro.
Era de piel azabache
de pelo negro y largo
y ojos palpitantes.

Dando la vuelta a la esquina,
a los hijos de Kino y Tetabiate
las dos corbatas frustradas
lengüeteaban
un extraño y desafinado mensaje.

VI

Volviendo a su incoloro tugurio
por su lazarillo guiado
iba por la calle
el ciego don Aureliano
con su bastón retorcido
sorteando los cuadriculados huecos
que habían dejado huérfanos
unos desmedrados ladrillos.

Rechinó la puerta.
Corrió el cerrojo
y fue tragado
por el nocturno ojo.

Con sus manos morenas
acomodó el acordeón
en una de las esquinas
de su rancia habitación.

Se sentó
 al pie de la cama.
Colocó
 entre las piernas adormecidas
 el cansado bastón.

Sobre el mango
 del cayado
 descansaban
 sus dos manos.

Segundos
 minutos
 horas
 transcurrieron.
 El bordón retorcido
 se enderezó.

El Sumo Sacerdote
 con su báculo de oro
detuvo otra vez

las aguas del Mar Rojo.

El Campeador
con su rústica lanza
reconquistó sus territorios
del reino de Arabia.

Cuahutémoc
con su ardiente macana
apagó el fuego
que devoraba al Anáhuac.

Murrieta
con su afilada navaja
le cortó la vela y el mástil
a la mayfloweriana barca.

El errante mojado
con su vengativa sementera
vindicó a su hermano
separado por la Frontera.

Se destensó el báculo.
El obcecado cayado
descargó un gargajo.

Se despidió
con la cola
del bordón exhausto.

VII

Fue en una noche despejada.

En el borde de la cama
estaba sentado
don Aureliano Quezada.

Las dos manos postradas
yacían
sobre la empuñadura
de su ardiente cayada.

Despacio
apoyado sobre el bordón
se levantó de la cama.

Movió el pie izquierdo.
Le siguió el derecho
en un ritmo lento.

Abrazado a su flaca
y escuálida vara
comenzó a girar
y a girar
en la creación
de la nada.

Lentamente
abría los brazos
y la macana
se estiraba
como una culebra
que elástica
se maleaba.

Con sus dedos estriados
recorría las sinuosidades
que encontraban a su paso
las palmas de sus manos.

Retorcía el torso

mitad exacta
entre los pies
y los brazos en alto.

Le seguía la vara
girando enamorada
bajo el impulso vital
que antes le diera
don Aureliano Quezada.

Adquiría
finas
formas
informes

la extraña dama
de la noche
moldeadas
por las manos mágicas
y los incoloros
ojos
del artista
creador.

Eva en un Paraíso
sin flores
sin luz
y sin colores.

Las córneas inmutables
girando
en el torbellino
del ensueño.

En las oquedades
del óseo cráneo
se desplomó
el sueño.

Don Aureliano
aletargado
del suelo
se levantó.

Era por la mañana.

Y la dama del alba
 encuadrada
entraba pudorosa
 por las rendijas
 de la cuadrilátera
 ventana.

VIII

Eran las cuatro de la tarde.

Salían los niños
de la escuela.

Era una niña
de negras trenzas
 finos labios
 y ojos grandes.

Se aproximó a don Aureliano
como a las cuatro de la tarde.

—Me han dicho los niños
don Aureliano
que usted no puede ver
con sus ojos apagados.

—Sí, hija,
con estas pupilas ciegas
puedo gozar
de cosas muy lindas y bellas.

Como las cuatro de la tarde eran.

—¿De qué color
son estas rosas
que mis pequeñas
manos llevan?

—Hija, esas flores
que en tus manos llevas
son del color del aroma
que respira tu alma serena.

Como a las cuatro de la tarde
de un primaveral día era.

—¡Qué cosas dice usted tan raras
don Aureliano Quezada!

Sobre el blanco teclado
por un ángel depositada
vibraba la fragancia
de una rosa morena.

Una anónima niña
bajo unos acordes musicales
tranquilamente dormitaba
con un pétalo en la melena.

Serían...
como las cuatro
de esa tarde.

Una noche
de luna
perfumada
y llena
era.